



Si Somos Americanos

ISSN: 0718-2910

ISSN: 0719-0948

Universidad Arturo Prat. Instituto de Estudios
Internacionales (INTE)

Linardelli, María Florencia

Recorridos migratorios de mujeres vinculados con el trabajo agrícola en Mendoza (Argentina)*

Si Somos Americanos, vol. XX, núm. 2, 2020, Julio-Diciembre, pp. 138-160

Universidad Arturo Prat. Instituto de Estudios Internacionales (INTE)

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=337966742006>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

UAEM  redalyc.org

Sistema de Información Científica Redalyc

Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso
abierto

Recorridos migratorios de mujeres vinculados con el trabajo agrícola en Mendoza (Argentina)*

The migratory paths of women linked to agricultural work in Mendoza (Argentina)

María Florencia Linardelli**

Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales - CONICET Mendoza, Argentina.

Instituto de Estudios de Género y Mujeres - Universidad Nacional de Cuyo, Argentina.

Resumen

En este artículo se analizan los recorridos migratorios de mujeres bolivianas y provenientes del noroeste argentino que trabajan en el agro de Mendoza, Argentina, desde un enfoque etnográfico apoyado especialmente en relatos de vida. El trabajo de campo de la investigación fue realizado entre 2014 y 2018 en la localidad mendocina de Ugarteche, poblado dinamizado por la actividad agrícola y receptor de migrantes. A lo largo del trabajo se examinan las dimensiones que intervienen en sus recorridos migratorios, las características de los itinerarios realizados, las condiciones de vida y la forma en que la

* Este artículo recoge parte de los resultados de una investigación más amplia sobre las experiencias de salud-enfermedad-cuidado de mujeres migrantes que trabajan en el agro de Mendoza. Recibió financiamiento del programa de becas doctorales de CONICET (Argentina) y de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica a través del PICT “Políticas de protección social y salud y trabajo de cuidados. Las relaciones entre la intervención estatal y las experiencias de las mujeres desde una perspectiva crítica de género, en Mendoza a partir de 2009” (2017).

** Doctora en Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Cuyo (UNCuyo), Argentina. Especialista en Salud Mental, Ministerio de Salud de la Provincia de Mendoza, y licenciada en Trabajo Social, UNCuyo. Dirección Postal: CCT CONICET Mendoza, Av. Ruiz Leal s/n, Ciudad de Mendoza, Argentina. CP. 5500. Correo electrónico: linardellimf@gmail.com, ORCID: <http://orcid.org/0000-0002-3250-2895>

división sexual del trabajo interviene en estas movilidades. Los hallazgos indican que la articulación de labores productivas y reproductivas estructura un continuo de trabajo que modela los recorridos migratorios de las trabajadoras del agro.

Palabras clave: mujeres migrantes, división sexual del trabajo, agricultura.

Abstract

This paper analyzes the migratory paths of women from Bolivia and north-western Argentina who work in agriculture in Mendoza, Argentina. The fieldwork was conducted between 2014 and 2018 in Ugarteche, Mendoza. Ugarteche is a vibrant farming community where migrants form a significant part of the labor force. Deploying an ethnographic approach, supported primarily by a biographical strategy, this article explores the dimensions that shaped women's migratory paths, their living conditions and the impact of the sexual division of labor in their itineraries. The research findings suggest that articulation of productive and reproductive work structures a labor continuum that models the migratory routes of female farm workers.

Keywords: migrant women, sexual division of labor, agriculture

Introducción

Las migraciones limítrofes y las movilidades internas acompañaron el desarrollo de la agricultura capitalista argentina desde las primeras décadas del siglo XX. A partir de 1950, una presencia constante e ininterrumpida de migrantes internos/as y provenientes de Bolivia contribuyó a la expansión de las economías regionales, especialmente en la horticultura y los cultivos de vid, azúcar, yerba mate y tabaco. La presencia de mujeres en estas movilidades ha sido poco estudiada hasta fechas recientes. Tanto a nivel nacional como provincial, las migraciones vinculadas con el agro han sido caracterizadas como predominantemente masculinas. Sin embargo, esto puede asociarse con una perspectiva androcéntrica persistente en las ciencias sociales y en los relevamientos estadísticos. La participación de mujeres en estos circuitos ha permanecido velada para gran parte de los estudios rurales y migratorios, oculta detrás de la figura del trabajo familiar en la agricultura y de la imagen del jefe de familia emprendedor de la migración (Pizarro y Trpin, 2010).

Buena parte de la literatura especializada en migraciones laborales agrícolas se enfoca en “los trabajadores” y nombra bajo el supuesto universal masculino la presencia de trabajadoras. En consecuencia, suelen no atender la especificidad de los movimientos y las inserciones laborales cuando sus protagonistas son mujeres. La dificultad que encontramos

en estos abordajes radica en que, si bien analizan en detalle la conformación de mercados de trabajo étnica, social y nacionalmente segmentados, desconocen o no consideran en profundidad las implicancias de la división sexual del trabajo en esa segmentación y las desigualdades que produce en las trayectorias migratorias de los/as trabajadores/as.

En función de las vacancias señaladas, este artículo aborda los recorridos migratorios de mujeres bolivianas y provenientes del noroeste argentino que trabajan en el agro de Mendoza, Argentina, a partir de sus relatos de vida y con la colaboración de aportes conceptuales feministas. Analizamos las dimensiones que configuran sus recorridos migratorios, las características de los itinerarios realizados, las condiciones de vida durante los trayectos y la forma en que la división sexual del trabajo y los cuidados intervienen en estas movilidades. En cuanto a la organización del artículo, primero detallamos los antecedentes disponibles a nivel regional como nacional, al tiempo que exponemos el encuadre metodológico del estudio. Luego, presentamos los resultados de nuestra investigación a través de los relatos de vida de las mujeres entrevistadas. En una escala micro y destacando la singularidad, reconstruimos las trayectorias migratorias de seis mujeres que participaron en la investigación.

Estado de la cuestión y encuadre metodológico del estudio

Las movilidades de mujeres por la región no son novedosas, sino flujos característicos que transformaron las ciudades latinoamericanas desde la década de 1950 (Herrera, 2012; Mallimaci, 2015). Sin embargo, en las últimas cuatro décadas estos movimientos se incrementaron notablemente, como lo evidencia el descenso del índice de masculinidad de que pasó de 104 a 95 puntos entre 1970 y 2010. Al inaugurar el 2010, en la mayoría de los países de América Latina y el Caribe las migrantes intrarregionales superaron la cantidad de varones (Martínez Pizarro, Cano Christiny y Soffia Contrucci, 2014).

Aunque los datos cuantitativos son coincidentes con las tendencias internacionales de feminización de las migraciones (Zlotnik, 2003), las mujeres que se desplazan por el subcontinente no siempre son el primer eslabón del movimiento ni abandonan el patrón familiar o asociativo. En los flujos que atraviesan internamente América Latina, las estrategias familiares y comunitarias de movilidad son significativas y buena parte de las mujeres integran grupos que migran colectivamente. Su participación como pioneras del movimiento adquiere especificidad según el origen nacional y el tipo de labores a las que se asocian (Mallimaci, 2012, 2017).

Las movilidades desde zonas de agricultura de autoconsumo hacia regiones de agricultura tecnificada o intensiva –conocidas como migraciones intrarrurales– se tornaron relevantes en la región alrededor de la década de 1970 por el avance de las relaciones capitalistas sobre la agricultura campesina y la creciente proletarización de la mano de obra rural (De

Oliveira, 1984). En estos desplazamientos se hizo visible una creciente –e incluso mayoritaria– presencia de mujeres, asociada con diferentes fenómenos.

Los cambios productivos agrarios acontecidos durante la segunda mitad del siglo XX demandaron prioritariamente a mujeres como asalariadas rurales (Arizpe, 1986). La reestructuración productiva de la agricultura latinoamericana utilizó y reforzó patrones de discriminación sexual y nacional que reservaron a las migrantes las posiciones laborales más vulnerables (Bendini, Pescio y Palomares, 1995; Lara Flores, 1995). Su progresiva inclusión en las movilidades agrícolas se produjo mediante la participación en cuadrillas de trabajo familiar en las que laboraban bajo la jerarquía del varón jefe de familia, al tiempo que desarrollaban las tareas reproductivas necesarias para la subsistencia del grupo (Bendini, Radonich, y Steimbregger, 2002; Trpin y Bouchoud, 2014).

Las migraciones de mujeres rurales también fueron modeladas por obligaciones familiares y el control ideológico que se impone sobre su comportamiento. Su inserción en estas movilidades ha sido analizada como una estrategia familiar que asegura el flujo de remesas a los hogares campesinos de origen, puesto que las jóvenes se muestran más responsables y estables en el envío de dinero a sus familias que los varones (Arizpe, 1989). La posición subordinada en la estructura familiar, la desigual distribución de actividades productivas y reproductivas, y el exiguu acceso a la propiedad de la tierra han sido señaladas como razones adicionales por las cuales las mujeres tienen menores motivaciones que los varones para permanecer en las comunidades campesinas (Chiappe, 2005).

Las campesinas también han emigrado para establecer nuevas relaciones sociales que les permitieran atenuar la violencia por parte de sus maridos y escapar del control de la familia de origen (Lara Flores, 2003). Ellas no salen de sus comunidades de origen únicamente para cumplir mandatos familiares, sino también por decisiones propias, vinculadas con las nuevas situaciones domésticas ocasionadas por las transformaciones socioeconómicas y demográficas del mundo rural (Arias, 2013). Es decir, sus recorridos no responden linealmente a los estereotipos patriarcales que las consideran dependientes de actores protagónicos masculinos, sino que exhiben cursos de acción autónomos, asociados a redes y cadenas migratorias en las que desempeñan roles decisivos (Pizarro y Moreno, 2015).

La relación entre movilidad, división sexual del trabajo y cuidados ha sido extensamente estudiada en las migraciones de mujeres en sentido Sur-Norte Global desde los años ochenta del siglo pasado (Boyd, 1984; Gregorio Gil, 2004; Herrera, 2012; Hochschild, 2001; Morokvasic, 1984; Pessar, 1984; Salazar Parreñas, 2001). Este vínculo, menos explorado en las movilidades Sur-Sur, ha suscitado un progresivo interés en Argentina, especialmente en relación con las mujeres migrantes que desarrollan trabajo de cuidados remunerado y, en menor medida, respecto de migrantes con otras inserciones laborales (Borgeaud Garciandia, Magliano, Rosas y Mallimaci, 2019; Mallimaci, 2015, 2017; Mallimaci y Magliano, 2018; Magliano, 2009, 2013; Maure, Linardelli y Anzorena, 2018). Particularmente en Mendoza contamos con trabajos que analizan la migración de mujeres

bolivianas (Martínez Espínola, 2019; Moreno y Martínez Espínola, 2017) y que brindan herramientas conceptuales y empíricas para analizar las articulaciones entre género, migraciones y trabajo.

Inscrito entre esos antecedentes, este artículo continúa una línea de investigación presentada en trabajos anteriores (Linardelli, 2018; Linardelli y Goldberg, 2018) e indaga en las formas de participación de mujeres en las movilidades agrícolas del Sur de América. Concretamente, explora los recorridos realizados por mujeres bolivianas y originarias del noroeste argentino que laboran en el agro de Mendoza, Argentina. Se presta especial atención al modo en que la división sexual del trabajo (Hirata y Kergoat, 2007), específicamente la carga de trabajo de cuidados (Pérez, 2014), interviene en el trazado de los itinerarios. Se postula que la articulación de labores productivas y reproductivas estructura un continuo de trabajo que modela los recorridos migratorios de las trabajadoras del agro.

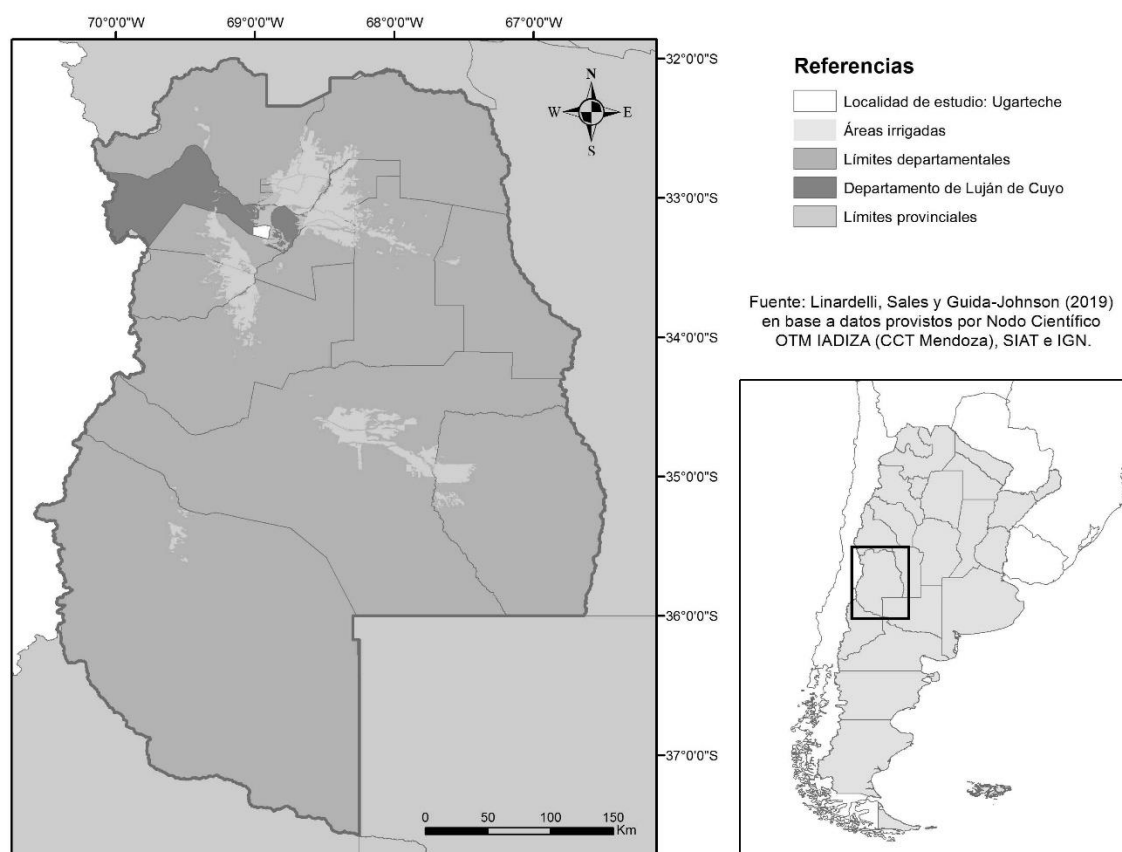
El trabajo de campo del estudio fue realizado en la localidad mendocina de Ugarteche, situada en el departamento de Luján de Cuyo, en el oasis Norte de la provincia, a 40 kilómetros de la ciudad capital (ver Figura N° 1). Es un poblado de trabajadores/as agrícolas que se gestó de la mano de la migración sostenida de bolivianos/as y que también aloja a migrantes provenientes del noroeste argentino, quienes llegan anualmente para la temporada de cosecha de la vid. Metodológicamente, la investigación siguió un enfoque etnográfico con la finalidad de producir datos primarios que pudiesen dar cuenta de las perspectivas de los sujetos. En ese marco, se priorizaron técnicas cualitativas específicas: relatos de vida y técnicas observacionales con diferentes grados de estructuración y participación.

Estas decisiones metodológicas requirieron una presencia prolongada en el campo entre 2014 y 2018. Los primeros acercamientos fueron en 2014 y consistieron en observaciones en la característica feria de la localidad. Entre 2015 y 2017 participé en el grupo “Amarantas tejedoras”, espacio en el que se reúnen semanalmente mujeres migrantes para recuperar técnicas de tejido andino y producir abrigos para sus familias o para vender. A partir de 2016 comencé la reconstrucción de relatos de vida con seis mujeres participantes de ese grupo, mediante sucesivas entrevistas en profundidad abocadas a indagar en el proceso migratorio, las características de su trabajo productivo y reproductivo, y las experiencias en torno a la salud-enfermedad-cuidado.

El muestreo fue intencionado y la selección de casos siguió el criterio de maximizar las diferencias al entrevistar a mujeres que diesen cuenta de un rango amplio de experiencias individuales (Mallimaci y Giménez Béliveau, 2006). Participaron de las entrevistas migrantes internas y originarias de Bolivia de distintas edades –entre los 29 y los 57 años–, algunas trabajadoras activas y otras retiradas, cuyas trayectorias migratorias eran de mediana y de larga permanencia. Todas las actividades contaron con el consentimiento de las participantes y el proyecto de investigación fue evaluado por la comisión de

otorgamiento de becas de CONICET, que incluye la revisión de aspectos éticos de la investigación. A lo largo del texto, se presentan fragmentos textuales del discurso de cada entrevistada, quienes son presentadas mediante seudónimos, a fin de preservar su identidad.

Figura N° 1: Localidad del estudio¹



Fuente: Linardelli (2019), basándose en datos provistos por Nodo Científico Provincial del Instituto Argentino de Investigaciones de Zonas Áridas (Centro Científico Tecnológico CONICET Mendoza), Sistema de Información Ambiental Territorial y el Instituto Nacional Geográfico.

¹ Este mapa es de elaboración propia y fue realizado para mi tesis doctoral (Linardelli, 2019) en forma conjunta con las especialistas en sistemas de información geográfica Dra. Romina Sales y Dra. Bárbara Guida-Johnson, profesionales del Instituto Argentino de Investigaciones de Zonas Áridas.

Resultados

“Me gustaba andar por todos lados”. Dimensiones implicadas en las movilidades intrarrurales de mujeres

Hasta fechas recientes se consideró la participación de las mujeres en este tipo de flujos migratorios como secundaria, dependiente de decisiones masculinas e impulsada por obligaciones familiares. Sin embargo, las mujeres entrevistadas narran entramados más complejos que su adición a un proyecto familiar dirigido por otros. A la vez, sus recorridos muestran diversas formas de movilidad y retorno, típicas en los contextos agrarios del Sur de América. De acuerdo con Moreno (2017), las migraciones asociadas al trabajo agrícola suelen seguir cuatro patrones: (i) estacionales, que supone un movimiento, en períodos relativamente cortos de tiempo, entre el lugar de residencia habitual y un polo preciso en destino; (ii) circulares, cuando las/os migrantes participan en dos o más producciones situadas en distintas localizaciones y la residencia habitual se torna difusa; (iii) con mayor prolongación de tiempo en la localidad de destino, pero sin planes definitivos de establecerse; y (iv) establecimientos definitivos en la localización de destino, con eventuales retornos al lugar de origen como “visitas”.

Cada una de estas modalidades se combinan en los diferentes relatos que analizamos a continuación. Alba, de 52 años, llegó a Mendoza desde Cochabamba, Bolivia, en 1972. Tenía 8 años e ingresó al país “cruzando el río de noche” junto a su padre, su madre y sus hermanos. Respecto de las situaciones que impulsaron a su grupo familiar a migrar menciona:

En Bolivia sufríamos mucho de comida, mi papá era repobre y no tenía terreno para sembrar [...] decidió venir para acá para la Argentina a que no suframos de hambre allá. Acá había vida, acá había trabajo. Inmigramos por ese motivo nosotros, por el trabajo. Decía mi papá que no íbamos a sufrir de hambre y era verdad (Alba, 52 años).

El grupo familiar permaneció durante cuatro años en la provincia de Mendoza y luego retornó a Bolivia porque no lograron el ahorro suficiente para la compra de una vivienda. A pocos meses del regreso, el padre de Alba murió, acontecimiento que cambió el estatus de la familia en su pueblo de origen.

A los 12 años perdí a mi papá... de ahí empezamos a trabajar con mi mamá. Yo ya era grande, no alcanzaba la plata. No sabíamos cómo producir las verduras, porque allá había, como acá, agua de turno, ¿vivo? Así que... a las mujeres allá mucho no les hacían caso... nunca nos tocaba el agua del turno. (Alba, 52 años)

Transcurrieron tres años hasta que Alba, con 15 años, trazó junto a su madre un nuevo proyecto migratorio. A mediados de 1979 emigraron nuevamente para trabajar en fincas de Mendoza. Los primeros años en la provincia fueron marcados por las precarias condiciones de vida y trabajo. Trabajaban extensas jornadas y cuidaban de tres niños pequeños, mientras vivían en una habitación que le alquilaban a una paisana.² Esas experiencias incitaron a la madre de Alba a querer retornar a Bolivia, sin embargo, ella se opuso firmemente a esta propuesta.

Le dije a mi mamá: “¿A qué vamos a volver? Una vergüenza, si después vamos a empezar de cero. Mejor quedarnos acá, sobrevivir, porque yo ya sé trabajar. Acá hay vida, sigamos. Como sea vamos a mantener a los chicos, porque mis hermanos eran chicos”. Y mi mamá me dijo: “Bueno”. Así que vivimos acá en Ugarteche, yo le mandé a la escuela a mis hermanos, y mi mamá y yo trabajamos, y vivimos rebien... a lo que era Bolivia. (Alba, 52 años)

María, de 57 años, es originaria de la localidad de Escana, un poblado rural perteneciente al departamento de Chuquisaca, Bolivia. A los 20 años comenzó a recorrer los departamentos de Tarija, Potosí, Cochabamba y Santa Cruz trabajando en el servicio doméstico. También transitó por zonas rurales desempeñándose en cultivos de arroz y algodón. Explica que la migración interna laboral constituye una práctica habitual entre jóvenes de zonas rurales de ese país.

Me gustaba andar por todos lados. Siempre me gustó la ciudad. Desde chiquita sufría en el campo. No voy a sufrir todo el tiempo. Desde jovencita he trabajado así. Entre jóvenes íbamos, chicas, chicos, con mercadería íbamos. Trabajábamos un poco, volvíamos para el Carnaval, bailábamos y otra vuelta volvíamos a cosechar algodón. (María, 57 años)

En el curso de esas estrategias de movilidad circular formó pareja y se estableció en Sucre. Tenía 23 años y comenzó a dedicarse al comercio callejero de frutas y verduras. Junto a su marido cruzó la frontera hacia Argentina para trabajar en distintas producciones agrícolas. En Jujuy trabajaban en el tabaco, luego se trasladaban a Salta para el cultivo de caña de azúcar y llegaban hasta Mendoza para cosechar vid. Al finalizar este ciclo, retornaban a Bolivia y ella continuaba con sus labores en el comercio. Esos recorridos estructuraban los ciclos anuales de trabajo familiar, a los que se fueron sumando sus hijos/as pequeños/as. Las movilidades circulares fueron sostenidas por el grupo familiar durante diez años. Su marido, junto a dos de sus hijos, fue el primero en radicarse en la provincia de Mendoza a mediados de los noventa. María decidió permanecer en Sucre con su hija más pequeña y

² Los términos “criollo/a” y “paisano/a” se vinculan a procesos de racialización, que han diferenciado y jerarquizado la población. En Mendoza, paisano/a es un término utilizado por migrantes bolivianos/as para referirse a sus pares nacionales, mientras que criollo/a designa a los/as nativos/as argentinos/as. Algunas migrantes nos indicaron que el término paisano/a también es utilizado peyorativamente por la población nativa para aludir a los/as migrantes.

realizar movilidades pendulares entre su hogar y esta provincia hasta el año 2001, cuando se asentó en forma definitiva en Mendoza.

Rosa, de 40 años, nació en una localidad fronteriza de Argentina llamada Santa Victoria, en la provincia de Salta. A los 21 años se fue de su pueblo junto a su pareja y su hija de un año para trabajar como obrera golondrina. Fue la primera de su grupo familiar en migrar debido a las condiciones de vida en su pueblo de origen:

Yo empecé primero. Éramos varios y mi papá no tenía trabajo, somos 12 hermanos... por eso era que a mi papá no le alcanzaba. Entonces, cuando yo me junté ya era... una vida feliz, estaba bien porque podía comer lo que yo quería, podía tener lo que yo quería. Tampoco quería volver mi pueblo por todo el trabajo que hacíamos nosotros para poder comer. Ya no me gustaba, ya estaba cansada de eso, porque todo el día era buscar leña para cocinar, más las ovejas, más el agua, No la tenías como acá que tienes ahí. (Rosa, 40 años)

En cuanto a su recorrido migratorio, relata una sucesión de movilidades por diferentes provincias que puede encuadrarse en una lógica de migración circular. Eran los partos de sus hijos/as los que motivaban retornos periódicos a su hogar en Salta.

Cuando me junté con mi marido empecé a trabajar en la zanahoria. Andábamos en las cuadrillas, éramos golondrinas. De Santa Victoria salí cuando mi primera hija tenía un año ya. Para cuando llegué a Mendoza, me quedé embarazada del segundo y volví a Salta para tenerlo... y así. Iba y volvía, porque ya no me gustaba Salta, me había acostumbrado por acá. Así que me volví a trabajar Mendoza. Iba y volvía, iba a Santiago del Estero, me volvía acá, de vuelta iba a Santa Fe y me volvía. Un tiempo dejé a mis hijos con mi hermana en Tupungato, porque ella vivía antes acá. Los iba a ver los sábados, sabía llevarlos a la carpa, les llevaba quizás un día, dos días o por feriados, y los volvía a dejar. A veces pasaban dos semanas, pero siempre yo les venía a ver. Eso me dolía, que mi hija se quedara lejos de nosotros. (Rosa, 40 años)

Sonia, de 35 años, se fue de su pueblo natal a los 11 años. En 1992 emigró junto a su familia desde Aylloma, un poblado rural situado en el altiplano potosino, hacia Villazón, localidad fronteriza ubicada en el extremo sur de Bolivia. Desde ese lugar, todos los años cruzaba la frontera con su familia y se dirigían a Jujuy o Salta para trabajar en la producción de tabaco.

Mi mamá vino a la frontera porque pensaba que la ciudad estaba mejor, que no siguiéramos en el campo, que nosotros podíamos estudiar algo mejor, que podíamos ser personas mejores que lo que nos pasaba. La idea de ella era venir acá, trabajar y seguir estudiando. Mi mamá fue la que nos sacó. Mis padres nos trajeron por el tema de que nosotros tuviésemos documento para poder venir acá cuando queríamos. Cuando ya tuvimos documentos íbamos a Salta en las vacaciones y para las clases volvíamos a Villazón. Así fue hasta cumplir los 16 años. Todos los años yo venía, mi papá me traía para que le cocine. Como era menor no podía trabajar... en algunas fincas sí podía, juntos trabajábamos, juntos cocinábamos con mi papá. Hasta que

cumplí los 17 años y mi papá se vino acá a Mendoza a trabajar. Mi mamá venía a visitarlo, nosotros nos quedábamos en Villazón. Nos quedábamos todos los chicos, sin atención de nadie, de los mayores. Yo, como era la más grande, tenía a cargo a todos. (Sonia, 35 años)

En 1999, la familia se trasladó a Mendoza debido a que el padre consiguió empleo como obrero de la construcción. Al llegar, Sonia trabajaba en las producciones de ajo y cebolla, al tiempo que cursaba la escuela secundaria.

Como mi mamá vio que mi papá estaba solo, se vino a Mendoza. Pasó tres o cuatro meses acá y después volvió a Villazón. Nos dice: “Nos vamos a ir a Mendoza, a Argentina; por un año nos vamos a ir allá a trabajar”. Y nos quedamos todos a trabajar. (Sonia 35 años)

Rita, de 37 años, dejó su comunidad campesina en Potosí a los 14 años. En los años previos a su partida las condiciones de vida de su familia habían comenzado a tornarse más difíciles progresivamente.

Vendimos todo. Teníamos tractor, ¿viste? Como no pagamos, vinieron y se llevaron el tractor. Teníamos rastrojera también, chanchos, mi mamá vendió todo. Teníamos chivos, yo ya era grandecita y pasteaba chivos; vinieron y cargaron 40 de una sola vez. Quedamos sin tractor, no teníamos con qué sembrar. Empezamos a fracasar, ya no teníamos nada, no teníamos plata. Vendimos lo que teníamos para poder sembrar, entonces ese año producimos bien, pero después cayó piedra tres años y ahí sí, nada de comida. (Rita, 37 años)

En ese contexto, en 1993 Rita cruzó la frontera junto a su hermana y una amiga para trabajar como jornaleras agrícolas en la provincia de Salta. Las jóvenes vivían en los predios de trabajo, en condiciones extremadamente precarias. Transcurridos pocos meses del inicio de estas movilidades, se separó de su hermana y comenzó a moverse por distintos puntos del mapa junto a familias de jornaleros/as que la recibían a cambio de que ella realizara tareas de cocina y limpieza para las/os integrantes del grupo. Esta dinámica se interrumpió parcialmente cuando se encontró con su hermano y se sucedieron momentos en los que trabajaban juntos, para luego separarse y volver a encontrarse en una localidad diferente.

Primero viví con unas chicas. Llegamos a esa finca y en una pieza vivíamos cuatro, porque eran las dos chicas, su papá y yo. Era una pieza chiquitita, los cuatro dormíamos todos juntos en el piso. Me quedé unas semanas con ellos y me encontré unos parientes de mi papá. Vivía con ellos en otra finca, me dieron cama y todo. Yo me sentía bien porque la señora me trataba bien, como yo no era floja, no me faltaba comida, nada. Me levantaba todas las mañanas a poner té para que vayamos a trabajar yo y mi tío. Yo le ayudaba a lavar las ropas, lavábamos las ropas de ellos y vivía bien, me trataban bien ahí. Estuve tres o cuatro meses y apareció a buscarme mi hermano que se había venido a la Argentina. De ahí me quedé con él y nos fuimos a Jujuy a trabajar en tabaco y en tomate. Varios meses así estuvimos. Cuando le pagaron el

trabajo, mi hermano se vino a Mendoza; a mí todavía no me pagaba el patrón, entonces él me dijo: “Cuando te paguen, te volvé a Bolivia”. Yo no tenía que venir acá a Mendoza, pero un matrimonio me dijo: “¿Qué vas a hacer con esa plata?, es muy poco”. Me dijeron que me vaya con ellos y así... me vine a Mendoza. (Rita, 37 años)

Sandra, de 29 años y originaria de Potosí, llegó a Mendoza en 2006 junto a su padre, su madre, sus hermanos y su hija de 2 años. Sobre los motivos que impulsaron a su familia a migrar cuenta:

Mi pueblo se llama Legua Pampa y mi lugarcito se llama Chaquimayo. Desde chiquitita que sufríamos mucho por el frío, por la lluvia. No teníamos ropa para cambiar, no conocíamos ni zapatillas. Mi mamá vivía enferma, no nos podía alcanzar. De ropa se sufría mucho, no teníamos ropa para cambiar. Eso era mucho sufrimiento para nosotros. Mucha pobreza, no nos alcanzaba para vestirse. Mi mamá y yo insistimos para venir acá. Mi mamá decía: “Ya son grandes ahora van a poder trabajar”. A mí me dejaron allá, yo ya tenía la bebé. Me quedé con mi hermanito tres meses sola en el pueblo. De ahí mi papá volvió a retirarme a mí y ya vinimos toda la familia directamente. Tenía 17 años. (Sandra, 29 años)

En Mendoza comenzó a trabajar en los cultivos de ajo y cebolla como parte de una cuadrilla familiar. Transcurrido un año aproximadamente, formó pareja y comenzó a trabajar en la viña por su cuenta.

Mi papá nomás cobraba, no sé cuánto cobraba. Yo, ¿cómo sería?, que nada, no conocía plata hasta que me junté con mi marido. Mi papá tenía todo y no me daba a mí. Yo quería comprarme algunas cosas y no me daban. Ahí empecé a trabajar aparte, uno o dos días. Cuando empecé a cobrar aparte mi papá se empezó a enojar, me quitó la plata y ahí me sentí mal ¿Por qué me tenía que quitar si era mi trabajo? Yo tenía una hija, para que le comprara algo, pero ellos no querían. Después me junté con mi marido y empecé a trabajar en la viña, aparte. (Sandra, 29 años)

Las trayectorias de migración hasta aquí relatadas, si bien se inscriben en proyectos conjuntos con distintos/as miembros de la unidad doméstica y la comunidad de origen, difícilmente pueden ser caracterizadas como meramente asociativas. Los relatos exhiben recorridos y dimensiones diversas, a la vez que cuestionan el reduccionismo que ha permeado algunas teorías al subsumir los movimientos territoriales de mujeres a un rol secundario. Antes que accesoria, la participación de estas mujeres en los desplazamientos tuvo un carácter imprescindible: sostuvieron tareas domésticas y de cuidados en las comunidades de origen, en el tránsito y en el destino, e integraron cuadrillas de trabajo familiar; ambos aspectos hicieron posible la estrategia migratoria colectiva. Las narrativas nos permiten coincidir con Ana Mallimaci (2011) quien señala que la tajante separación entre migración laboral y familiar se aleja de las experiencias concretas de las migrantes. Considera que, aunque las mujeres esgriman argumentos familiares, o sean las “segundas” en emigrar, las lógicas familiares se entrelazan con lógicas económicas y viceversa.

Las experiencias migratorias de las entrevistadas permiten reconocer el sesgo androcéntrico presente en la idea de las migraciones masculinas como autónomas y las femeninas como dependientes. Los recorridos detallados sugieren que es improbable que sujetos, solos/as y aislados/as, puedan afrontar las vicisitudes involucradas en este tipo de trayectos. El mito del varón emprendedor de la migración, que asocia autonomía con individualidad, oculta los múltiples trabajos, relaciones y redes que se anudan en los proyectos migratorios de un/a sujeto y en los que se involucran activamente las mujeres.

Otro aspecto por considerar radica en que la división sexual del trabajo modela las posibilidades y los cursos de acción de las mujeres en sus experiencias migratorias. Concretamente, las tareas reproductivas funcionan como uno de los principales ejes que organizan los recorridos migratorios. Las movilidades, retornos, salidas y cambios de rumbo muchas veces son impulsados por la necesidad de cuidar de hermanos/as e hijos/as, o bien, por la obligación de realizar labores domésticas para otros/as miembros de la familia. Estas tareas, que sostienen la vida de los grupos domésticos en el marco de las estrategias migratorias, devienen fundamentales para viabilizar la posibilidad de migrar de otros/as. Lo dicho no debe soslayar la participación de las mujeres en el trabajo remunerado. Aun cuando su migración haya ocurrido en la infancia y movilizadas por decisiones de sus padres y madres, las migrantes participaron activamente como trabajadoras del agro desde sus primeras movilidades, resultando difícil separar en los relatos las acciones de migrar y trabajar.

Las dimensiones implicadas en la decisión de emigrar, además, hablan del sufrimiento en sus comunidades de origen como un factor que impulsó la movilidad familiar. Ellas enuncian que “sufrían de comida y de ropa” y que no estaban dispuestas a “sufrir todo el tiempo”. Aquí recordamos las palabras de Lourdes Arizpe al analizar lo que denominó el éxodo de mujeres rurales en América Latina: “Para ellas no se trata de una estrategia por alcanzar un ingreso más alto, sino de un intento por sobrevivir” (Arizpe, 1989, p. 223).

Lo que observamos es que lo privado, lo doméstico y lo personal, constituyen un continuo con lo productivo, lo económico y lo familiar, resultando forzado clasificar las trayectorias mencionadas solo en términos de migraciones familiares y de reunificación, o bien, únicamente como desplazamientos autónomos e individuales. En definitiva, las narrativas expuestas permiten identificar la complejidad de los recorridos y la importancia que cobra la participación de las mujeres en los grupos migratorios que circulan por los territorios agrícolas de Argentina y Mendoza.

“La vida nos lleva por todos lados”. *Estrategias de movilidad estacional y circular*

Las narrativas definen el período migratorio inicial como una etapa marcada por rápidos desplazamientos en torno de diversas producciones agrícolas situadas en distintos puntos de

la geografía argentina y, en períodos variables de tiempo, el retorno a sus lugares de origen. Exponemos a continuación algunas descripciones de las mujeres sobre estas movilidades:

La vida nos lleva por todos lados. Cuando nos juntamos con mi marido, veníamos al Norte al tabacal. Del tabaco me venía al ajo, después a cosechar uva y recién me iba. A veces había arrancada de zanahorias. En cosecha de uva un mes demorábamos y nos íbamos porque mis hijos tenían que entrar a las clases. Así he vuelto otra vez, otra vez me iba, otra vez venía, terminaban las clases, una escapadita me hacía. Terminaba la cosecha y volvía a Bolivia. Primero venía con el padre de mis hijos. Uno de los niños me nació en el norte, en Jujuy. El mayorcito es jujeño. Después, el segundo nació en Bolivia. Me fui a Bolivia, nació en Santa Cruz. De ahí me fui a Sucre, tuve que estacionarme en un solo lugar para meterle al jardín a mi hijo mayor. (María, 57 años)

Íbamos en las vacaciones y para las clases volvíamos de vuelta, porque vivíamos en la frontera, hasta cumplir los 16 años. Así todos los años yo venía. Mi papá me traía para que le cocine. (Sonia, 35 años)

Por ahí estás veinte días o quizás un mes, o sea, no todos los lugares son la misma cosa. Por ahí en tres semanas ya te tenías que cambiar de lugar. Andábamos por todos lados. Iba a Santiago, me volvía a Mendoza, de vuelta iba a Santa Fe y me volvía, todo el año andábamos rotando. Mis hijos, los dos primeros, los fui a tener a Salta, trabajaba por todos lados y me iba para allá a tenerlos y mi mamá siempre me iba a ver y me ayudaba. Después me iba a buscar mi marido y nos veníamos en micro para Mendoza. (Rosa, 40 años)

Los relatos expresan una considerable heterogeneidad de temporalidades en juego en este tipo de movilidad. Algunos recorridos suponían estancias de no más de veinte días por cultivo durante la cosecha. En otros casos, las mujeres realizaban temporadas completas de trabajo y permanecían durante tres meses en diferentes tareas implicadas en una misma producción –como mencionan sobre los cultivos de tabaco y vid. También relatan que, en ocasiones, el ritmo del movimiento lo marcaba el calendario escolar. La cantidad de tiempo que las mujeres permanecieron en este tipo de trabajo migrante también resulta muy variable. Los relatos oscilan entre cuatro y veinte años realizando migraciones pendulares o circulares, según el caso. Los puntos geográficos que recorrieron durante la movilidad circular son múltiples: Jujuy y Salta surgen como las provincias más aludidas, pero los recorridos también incluyen San Luis, La Rioja, Catamarca, Tucumán, Santiago del Estero, Santa Fe, Buenos Aires, Neuquén y Mendoza.

En relación con las condiciones de vida durante estas formas de movilidad, cabe destacar que este período de convergencia entre lugar de vivienda y trabajo fue uno de los momentos que expuso a las trabajadoras a las condiciones de reproducción más críticas: preparaban alimentos, dormían y cuidaban de sus hijos/as en espacios reducidos y escasamente protegidos de inclemencias climáticas; esto es, carpas o piezas que no cumplían con requisitos básicos de higiene ni de seguridad. Habitualmente, tales lugares

carecían de camas y baños. En algunos casos, las mujeres debían adquirir colchones e instrumentos de cocina para preparar sus alimentos y trasladarlos por su cuenta.

Andábamos así en las cuadrillas de zanahoria, éramos golondrinas, sabíamos vivir directamente en las chacras, donde está la zanahoria, allá en las orillas armaban las carpas. La carpa no me gustaba porque la tierra te entraba por todos lados. De día hacía calor y de noche empezaba hacer frío. En la mañana amanecía todo congelado, en el techo se veía todo el hielo y yo tenía que abrigar bien a los chicos, dormir bien abrigados y esa parte no me gustaba a mí. La comida nosotras la teníamos que hacer en la misma carpa que dormíamos. En un lado la cama, en la otra esquinita así, la cocina. Y el baño así, un pozo ciego como le diríamos que hacían. (Rosa, 40 años)

Nosotros no teníamos ni un techo donde vivir. No había un paradero fijo en ningún lado. Vivíamos en las fincas, el patrón nos daba carpa y ahí vivíamos, ahí dormíamos y desde ahí iban a cosechar a hacer todo. Mi papá y mi mamá siempre nos han trajinado así, íbamos y veníamos... y así... nosotros hemos inmigrado tanto, tanto sufrimos. Por ahí me acuerdo y lloro de lo que yo sufrí. Cuando mis hijos eran chicos no más me fui dos o tres años. Fuimos a parar a San Luis, con mi hermano y mi hija. Cosechamos zapallo un día... y era un campo que no se veía nada, no había ni un barrio, no había agua, no había vivienda. Armamos una carpa y para acostarnos pusimos muchas capas altas, porque andaban muchos bichos, teníamos que hacernos una cama alta ahí en la tierra. (Alba, 52 años)

Ahí vivíamos en una pieza chiquitita. Todos dormíamos en el piso, tendíamos una colcha porque no teníamos colchones, nada... dormía en los pies de mi hermano, mi hermano dormía con su señora, con su hijito. En la finca había como una galería, separaban con plástico, como piezas, así como cuadraditos y ahí vivíamos. (Rita, 37 años)

Las palabras de las mujeres trazan un cuadro de situación que evidencia que las ganancias de los empresarios del agro argentino se maximizan a costa de reducir a condiciones próximas a la servidumbre a las trabajadoras y sus familias. A su vez, muestran la importancia del trabajo productivo y reproductivo realizado por ellas para garantizar la estrategia migratoria y sostener la vida de sus grupos, en contextos de extrema precariedad de vida y trabajo. Cruzar fronteras, movilizarse entre distintos cultivos, abandonar ciertas producciones y retornar a sus pueblos de origen para cuidar de hermanos/as o para dar a luz y cuidar de sus hijos/as son acciones que denotan, antes que un lugar secundario, el protagonismo de las mujeres en las migraciones colectivas.

Como se pudo ver, los itinerarios detallados por las trabajadoras no se ajustan linealmente al calendario productivo, es decir, no se explican plenamente por la oferta y demanda de empleo en determinados cultivos. Concretamente, la división sexual del trabajo se hace presente en las narrativas y demuestra que la asignación de tareas reproductivas a las mujeres establece límites, posibilidades y características de los recorridos. En los fragmentos expuestos, el ritmo y el dibujo de las movilidades fueron marcados no solo por

las opciones de empleo, sino también por tareas de cuidado de niños/as, embarazos, partos y calendarios escolares. Las formas diversas en que las trabajadoras ponderaban dichos aspectos y las posibilidades o restricciones para combinar tareas productivas y reproductivas trazaron sus recorridos de ida y retorno entre el lugar de origen y uno –o más– puntos de destino.

Los testimonios muestran, a su vez, que en los procesos migratorios intervienen, como elementos estructurantes que posibilitan o restringen la movilidad, las distintas formas de gestionar y transferir el cuidado de unas mujeres a otras, organizadas mediante las cadenas migratorias.³ Dichos entramados de apoyo entre migrantes no se limitan a facilitar dinero o información, sino que la prestación de cuidados en el origen, durante la circulación o en el destino migratorio, resulta una de las contribuciones decisivas en la organización del recorrido.⁴ En general, se trata de un aporte realizado por otras migrantes o “mujeres que se quedan”, quienes brindan trabajo no remunerado de cuidados, especialmente para los/as hijos/as de quienes emigran. También es posible advertir estrategias de maternidad transnacional que se hacen presentes en ciertos momentos de este tipo de movilidad.

María nos cuenta que durante veinte años realizó movilidades circulares entre Sucre y distintas provincias argentinas gracias a que sus hijos/as más pequeños/as permanecían al cuidado de su madre en el campo boliviano. Rosa manifiesta que su hermana, quien ya vivía en Mendoza, quedaba a cargo de sus hijos/as cuando se movía entre producciones de tabaco, zanahoria y vid. Sonia, por su parte, fue quien sostuvo el cuidado de sus hermanos/as cuando era su madre quien cruzaba la frontera de Villazón-La Quiaca. De la misma forma, era Sandra quien cuidaba de su hermano pequeño cuando su padre y su madre iniciaron el trayecto migratorio.

Estos hallazgos resultan consistentes con lo señalado por distintas autoras del campo de los estudios migratorios. Por una parte, que no existe un sistema de producción que opere separado de las formas de reproducción (Truong, 1996). Por otra, que existen complejas desarticulaciones y rearticulaciones de las esferas de la producción y de la reproducción de la vida social en el marco de las migraciones (Gregorio Gil, 2004). Considerar ambas esferas y sus articulaciones permite visibilizar y poner en valor los decisivos aportes realizados por las mujeres a los proyectos migratorios y evitar su consideración como meras acompañantes.

³ La noción de cadena migratoria, de acuerdo con Claudia Pedone (2003), refiere a aquellas transferencias de información y apoyos materiales brindadas por familiares, amigos/as o paisanos/as hacia los potenciales migrantes que pueden facilitar el proceso migratorio a través de diversos aportes, como documentación, empleo y dinero.

⁴ Nos interesa distinguir este fenómeno del término “cadenas globales de cuidado”, que alude a la conformación de un nuevo mercado transnacional en torno a labores domésticas y de cuidado en el que se insertan especialmente mujeres racializadas y migrantes, quienes dejan sus labores reproductivas en su tierra de origen a cargo de otras mujeres (abuelas, hijas, allegadas).

Para terminar esta sección, queremos destacar que las formas de movilidad realizadas por las mujeres en estos contextos no solo resultan caminos trazados por constreñimientos económicos, familiares o relativos a las desigualdades sexogenéricas. Consideramos que en las sinuosas movilidades relatadas se hacen presentes estrategias, decisiones, experiencias y saberes para sostener y mejorar las condiciones de vida propias y de sus grupos. Las decisiones de partir, quedarse y retornar responden a límites y presiones contextuales según indica el relato de Alba, pero también, como nos cuenta María, se vinculan con *habitus* migratorios⁵ de sus comunidades o se asocian a una decisión de dejar atrás situaciones de privación y desposesión económica, tal como relata Rosa. Ir y volver entre distintos puntos del mapa también resulta una estrategia para poder cuidar de otros/as o mejorar las condiciones en que se cuida, como muestran las movilidades de Sandra y de Sonia.

“Ya no me moví más”. Asentamiento y residencia en Mendoza

En los últimos años, las investigaciones sobre migraciones agrícolas en Argentina documentan que muchos/as de los/as migrantes estacionales, paulatinamente se fueron asentando en distintas provincias, a la par que disminuyeron las prácticas de retorno a las comunidades de origen (Aparicio et al., 2013). Este rasgo, típico de las migraciones al interior de nuestra región, se vincula con la proximidad entre la sociedad receptora y la de origen, que favorece el asentamiento definitivo en destino y los retornos periódicos (Mora, 2009). Adicionalmente, significativos cambios en los mercados de trabajo agrícola latinoamericanos y nacionales pueden explicar el progresivo asentamiento de su mano de obra. En las últimas décadas, la demanda de empleo transitorio para el agro se nutre en forma creciente de poblaciones asentadas en la periferia de las ciudades. Se trata de asalariados/as agrarios/as transitorios/as que residen en las proximidades de la zona en que se localiza la producción demandante de trabajo. El requerimiento de migrantes estacionales parece constituir una primera etapa en el desarrollo de una producción que, a medida que se expande, activa dispositivos sociopolíticos para disminuir el costo de transacción implicado en el reclutamiento de trabajadores/as de áreas distantes (Aguilera y Aparicio, 2011).

En el caso de la agricultura mendocina podemos observar distintos rasgos vinculados con el asentamiento de las trabajadoras. Se observa la creación de nichos específicos de empleo para las mujeres y la feminización de tareas agrícolas en las que antes predominaban varones, como sucede en distintos mercados agrícolas de exportación en América Latina. Además, en la provincia, el calendario productivo de los cultivos de vid, frutales y hortalizas conforma un itinerario de actividades agrícolas estacionales que abarca gran

⁵ Aludimos al término en el sentido propuesto por Ana Mallimaci (2012), al analizar las migraciones de las comunidades andinas hacia Argentina, que resultan una forma de movilidad extendida y “una opción siempre posible en las estrategias familiares” de estos grupos.

parte del año (Moreno, 2017). Este contexto, caracterizado por la posibilidad de completar el ciclo de trabajo anual en una misma localización, favorece las estrategias de asentamiento. Sin embargo, el empleo no resulta el único aspecto ponderado por las trabajadoras al decidir establecerse en la provincia. Tal como hemos argumentado en las secciones anteriores, las condiciones económicas y de los mercados de trabajo se entrelazan con las estrategias reproductivas para determinar razones y momentos adecuados o posibles de asentamiento.

Alba y su madre decidieron vivir en forma definitiva en Mendoza cuando ella tenía 15 años. Corría el año 1979 y según recuerda, la decisión de permanecer en Ugarteche fue impulsada por ella especialmente:

Acá me gustaba que había trabajo y me ganaba mi plata. Si yo trabajaba, ganaba, tenía mi plata, comía lo que yo quería. Entonces yo le dije [a su madre]: “Acá hay vida, sigamos”. Así que yo le mandé a la escuela a mis hermanos, y mi mamá y yo trabajamos y vivimos rebien... a lo que era Bolivia... en Bolivia no había asado, no había carne, no había pan... yo acá hacía pan, amasaba, les hacía la comida a mis hermanos, era todo hermoso. Allá es muy sacrificado. Después que yo me casé, tuve mis hijos, me compré este terreno, hice la casita y me quedé acá, no me fui más. Porque ya los niños iban a la escuela, ya no podía sacarle de un lugar a otro. No, dije yo, no voy a hacer lo mismo que hicieron mis papás, así que no me moví más de acá. (Alba, 52 años)

María decidió radicarse en Mendoza después de veinte años de movilidades circulares entre Bolivia, el norte argentino y esta provincia. Recuerda que lo hizo respondiendo al llamado de sus hijos que residían junto al padre en esta provincia. Desde Sucre partió con su hija pequeña y, al llegar a Mendoza, junto a sus hijos y su marido se sostuvieron “haciendo la chacra” durante cuatro años.⁶ En ese momento, su marido decidió volver a Bolivia y María resolvió separarse. Luego de la separación, los hijos de María emigraron hacia España y ella con su pequeña hija dejaron la chacra.

Me vine a Mendoza porque mis hijos querían estudiar aquí y en la finca se ganaba bien haciendo chacra. De ahí, como mis hijos viajaron a España, no querían que me quede en la finca sola. Por eso me vine acá al barrio a vivir para tener la escuelita para mi hija. Estamos mejor en el barrio, nos conviene, es más cerca y más fácil; aquí no estamos gastando en el micro, en idas y vueltas. De acá empecé a trabajar al día en la viña. (María, 57 años)

Rosa le propuso a su marido mudarse definitivamente a Mendoza luego de cuatro años de realizar movilidades estacionales. Un nuevo embarazo y la escolarización de sus hijos/as surgen en su narrativa como aspectos centrales que incidieron en su decisión.

⁶ Cuando las trabajadoras manifiestan que “hacían la chacra”, refieren a contratos de aparcería en los que el propietario brinda una extensión de tierra para que sea cultivada por un grupo de trabajadores/as (generalmente cuadrillas familiares) y estos/as últimos obtienen un porcentaje de lo producido.

La última vez que me había embarazado ya no quise saber nada, porque me había cansado de andar de aquí para allá. Así que ya mi marido alquiló una pieza acá. Es que mi hija iba a la escuela y el otro nene empezó jardín. Ya no me moví más. Acá, como siempre había trabajo detrás de la ruta, podías. Y si no había en un lado, un día ibas a otro lado. Me quedé alquilando y ya no me quise ir más. Vine a Ugarteche porque me enteré de que hay mucho alquiler y buscamos pieza para alquilar. Después, con el tiempo, me compré una casita. (Rosa, 40 años)

En el caso de Sonia, la residencia definitiva en Mendoza fue trazada, en principio, por su padre y su madre. Sin embargo, al poco tiempo de llegar a esta provincia dejó de convivir con ellos/as y debió delinear un proyecto propio. Cuando en 1999 llegaron a esta provincia, Sonia tenía 17 años y estaba embarazada de pocas semanas. Luego de dar a luz abandonó la escuela para trabajar. Distintas situaciones de violencia intrafamiliar implicaron que Sonia y su criatura dejaran de convivir con la familia de origen. Decidió mudarse a Ugarteche junto a su hijo, ponderando sus posibilidades de empleo en la agricultura debido a su experiencia previa, y se estableció en forma definitiva en Mendoza.

Me acuerdo de que yo conocía un poco de Ugarteche porque venía algunos domingos a ver el persa. Preguntaba por el alquiler, cuánto pedían, y estaba barato. En la ciudad pagaba ciento cincuenta pesos y acá estaba a treinta o cuarenta pesos, entonces me venía rebien. Decía: “Voy a tener más”, y acá dicen que puedo trabajar en la viña. Así llegué acá, por necesidad. Es como que antes yo no veía un futuro acá para mí, ahora no lo veo allá en Bolivia. Porque acá puedo trabajar, en la viña puedo trabajar, pero allá para mujeres no hay trabajo, tenés que ser empleada doméstica o vender. (Sonia, 35 años)

Por su parte, Sandra nos cuenta que el plan inicial de su familia cuando llegaron a Mendoza era trabajar un año, ahorrar dinero y retornar a Bolivia. No obstante, cuando se independizó de su grupo familiar y comenzó a trabajar en la viña junto a su pareja, decidió quedarse en Ugarteche.

Para mí parece Bolivia este lugar, toda gente de Bolivia nomás. Me gustó este lugar, me gustaba cosechar uvas, me gustó porque somos muchos bolivianos acá. Lo que me gustó cuando trabajé fue que empecé a ver la plata. El clima también, todo. (Sandra, 29 años)

En los relatos se repite la referencia a distintas circunstancias que adquirieron un carácter decisivo para el asentamiento en Mendoza. En primer lugar, se destaca la posibilidad de empleo en la viña, como una oportunidad específica para las trabajadoras. Los procesos de reconversión productiva de la vitivinicultura y el asentamiento de una fábrica de empaque y conserva de frutas han generado espacios de empleo crecientemente feminizados. En segundo lugar, la presencia de migrantes asentados/as antes que ellas favorece el desarrollo de redes y lazos de paisanaje que facilitan la llegada de nuevos/as migrantes. En tercer lugar, el alquiler accesible e, incluso, la posibilidad de adquirir un terreno propio y construir una vivienda, surgen en los discursos como elementos que incidieron en la

decisión de “no moverse más”. Puntualmente, la comunidad tiene una larga historia de asentamientos y toma de tierras fiscales y privadas, que garantizan un mercado de vivienda de bajo costo. Por último, se reiteran las alusiones a facilidades de acceso a la escolaridad de sus hijos/as, ya que la localidad cuenta con tres establecimientos educativos públicos. Para las trabajadoras, la educación constituye un camino para salir del trabajo agrícola y lograr un empleo en mejores condiciones. “La viña no te va a dar el resto de tu vida una profesión, estudia”, le propone María a su hija.

En suma, las características que presentan los mercados de trabajo agrícola que reclutan mano de obra migrante y femenina, sin duda inciden en las decisiones y posibilidades de residir en la provincia. No obstante, aunque resultan condiciones necesarias, no son suficientes para explicar la decisión de asentamiento. Los relatos destacan la posibilidad de lograr mejoras sensibles en las condiciones de reproducción cotidiana como un aspecto determinante para concretar el asentamiento.

Conclusiones

Los relatos de vida presentados en este artículo rebasan las categorías dicotómicas con las que se piensan las migraciones desde perspectivas androcéntricas. Las calificaciones dicotómicas que contraponen migrantes autónomas y dependientes, migraciones laborales y de reunificación familiar, pioneras del movimiento respecto de quienes siguen a otros/as, invisibilizan las experiencias efectivas de las mujeres, al desconocer las múltiples articulaciones entre producción y reproducción, empleo y cuidados, autonomía y dependencia en todo proceso de movilidad. De hecho, la poca atención prestada a las mujeres en los estudios migratorios, denunciada hace décadas, se apoyó en buena medida en estas las lógicas binarias.

Ellas migran para trabajar, pero también para cuidar; trabajan a cambio de un salario, pero también sin remuneración cuando crían a niños/as y sostienen las tareas domésticas; salen de y vuelven a sus comunidades por razones económicas y laborales, pero también por los afectos, los cuidados, el deseo de “andar por todos lados” y la búsqueda de “no sufrir todo el tiempo”. A veces son las primeras en partir, en ocasiones siguen a otros/as, algunas de sus movilidades forman parte de un arraigado habitus migratorio comunitario; sin embargo, su participación nunca resulta secundaria, sino más bien necesaria para la sostenibilidad de estas migraciones familiares o grupales. El conjunto de información reunida confirma lo señalado por investigaciones pioneras de los estudios migratorios con enfoque de género: entre producción y reproducción opera un continuo que modela y hace posible los recorridos migratorios. En el caso que aquí analizamos, el trabajo de cuidados se entrelaza con las labores en el agro y dibuja trayectorias que no se ajustan prolijamente a la demanda estacional de empleo.

El examen de los heterogéneos recorridos evidenció el sesgo analítico existente en atribuir un carácter secundario y dependiente a la participación de mujeres en movilidades colectivas. Los relatos cuestionaron la idea de mujeres sometidas a los proyectos de un jefe de familia. Aunque en las estrategias migratorias colectivas que integraron se hallaban sujetas a intensos constreñimientos y contaban con menores cuotas de poder que otros/as miembros del grupo, cada relato evidenció estrategias solapadas y manifiestas mediante las cuales afrontaron dichas presiones y modificaron su posición relativa en relaciones sociales y familiares que las subordinaban.

Referencias bibliográficas

- Aguilera, M. E. y Aparicio, S. (2011). Trabajo transitorio y trabajadores migrantes en el agro argentino. *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios*, 35, 35-61.
- Aparicio, S., Ejarque, M., Crovetto, M., Crespo Pazos, M., Re, D., y Aguilera, M. E. (2013). Los trabajadores agropecuarios transitorios en algunas regiones extrapampeanas de Argentina. ¿Mercados de trabajo migrantes o locales? *Argumentos. Revista de Crítica Social*, 15, 229-257.
- Arias, P. (2013). Migración, economía campesina y ciclo de desarrollo doméstico. Discusiones y estudios recientes. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 28(1), 93-121.
- Arizpe, L. (1986). Las mujeres campesinas y la crisis agraria en América Latina. *Nueva Antropología*, 8(30), 57-65.
- Arizpe, L. (1989). *La mujer en el desarrollo de México y de América Latina*. México: UNAM.
- Bendini, M., Pescio, C. y Palomares, M. (1995). El mercado de trabajo y los cambios técnicos en la agroindustria frutícola argentina: las trabajadoras en los galpones de empaque de manzanas y peras. En S. Lara Flores (coord.), *Jornaleras, temporeras y bóias frías. El rostro femenino del trabajo rural en América Latina* (pp. 49-60). Caracas: Nueva Sociedad.
- Bendini, M., Radonich, M. y Steimbregger, N. (2002). Segmentaciones ocupacionales y vulnerabilidad social en la división sexual y espacial de los trabajadores frutícolas: el caso de El Alto Valle, Argentina. En B. Rubio, C. Martínez, M. Jiménez y E. Valdivia (coords.), *Reestructuración productiva, comercialización y reorganización de la fuerza de trabajo agrícola en América Latina* (pp. 131-156). México: Plaza y Valdés.
- Borgeaud Garciandía, N., Magliano, M. J., Rosas, C. y Mallimaci, A. I. (2019). Migraciones sur-sur y trabajos de cuidado. Aportes desde el contexto argentino. *Anthropos. Cuadernos de cultura crítica y conocimiento*, 251, 161-178.

- Boyd, M. (1984). At a disadvantage: The occupational attainments of foreign born women in Canada. *International Migration Review*, 18(4), 1091-1119.
- Chiappe, M. (2005). La situación de las mujeres rurales en la agricultura familiar de cinco países de América Latina. *Informe de la Asociación Latinoamericana de Organizaciones de Promoción*. Montevideo, Uruguay.
- De Oliveira, O. (1984). Migración femenina, organización familiar y mercados laborales en México. *Comercio Exterior*, 34(7), 676-687.
- Gregorio Gil, C. (2004). Migración femenina. Su impacto en las relaciones de género. *Asparkia*, 15, 257-265.
- Herrera, G. (2012). Género y migración internacional en la experiencia latinoamericana. De la visibilización del campo a una presencia selectiva. *Política y Sociedad*, 49(1), 35-46.
- Hirata, H., y Kergoat, D. (2007). Novas configurações da divisão sexual do trabalho. *Cadernos de Pesquisa*, 37(132), 595-609.
- Hochschild, A. (2001). Las cadenas mundiales de afecto y asistencia y la plusvalía emocional. En W. Hutton y A. Giddens (coords.), *En el límite: la vida en el capitalismo global* (pp.187-208). Madrid: Tusquets editores.
- Lara Flores, S. M. (1995). La feminización del trabajo asalariado en los cultivos de exportación no tradicionales en América Latina: efectos de una flexibilidad "salvaje". En S. M. Lara Flores (coord.), *Jornaleras, temporeras y bóias frías. El rostro femenino del mercado de trabajo rural en América Latina* (pp. 13-34). Caracas: Nueva Sociedad.
- Lara Flores, S. M. (2003). Violencia y contrapoder: una ventana al mundo de las mujeres indígenas migrantes, en México. *Estudios Feministas*, 11(2), 381-397.
- Linardelli, M. F. (2018). Entre la finca, la fábrica y la casa: el trabajo productivo y reproductivo de trabajadoras agrícolas migrantes en Mendoza (Argentina) y su incidencia en la salud-enfermedad. *Salud Colectiva*, 14, 757-777.
- Linardelli, M.F. (2019). *Sostener la vida. Experiencias de salud, enfermedad y cuidados de mujeres migrantes que trabajan en el agro de Mendoza*. (Tesis doctoral). Facultad de Ciencias Políticas, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina.
- Linardelli, M. F. y Goldberg, A. (2018). Vivir y trabajar en fincas, fábricas y talleres. Experiencias de padecimientos y cuidados de mujeres migrantes en Mendoza y Buenos Aires. *Migraciones. Publicación del Instituto Universitario de Estudios sobre Migraciones*, 45, 29-56.
- Magliano, M. J. (2009). Migración, género y desigualdad social. La migración de mujeres bolivianas hacia Argentina. *Estudios Feministas*, 17(2), 349-367.

- Magliano, M. J. (2013). Los significados de vivir múltiples presencias: Mujeres bolivianas en Argentina. *Migraciones internacionales*, 7(1), 165-195.
- Mallimaci, A. I. (2011). Migraciones y géneros. Formas de narrar los movimientos por parte de migrantes bolivianos/as en Argentina. *Estudos Feministas*, 19(3), 751-775.
- Mallimaci, A. I. (2012). Moviéndose por Argentina: sobre la presencia de bolivianos en Ushuaia. *Migraciones Internacionales*, 6(4), 173-207.
- Mallimaci, A. I. (2015). Mujeres migrantes en Argentina. Apuntes para visibilizar su presencia y comprender sus labores. En A. P. Vosne Martins y M. Arias Guevara (orgs.), *Políticas de gênero na América Latina. Aproximações, diálogos e desafios* (pp. 127-150). Jundiaí, SP: Paco Editorial.
- Mallimaci, A. I. (2017). Migraciones y género. Las formas de la visibilidad femenina. En M. J. Magliano y A. I. Mallimaci (comps.), *Las mujeres latinoamericanas y sus migraciones* (pp. 21-48). Villa María: EDUVIM.
- Mallimaci, A. y Magliano, M. J. (2018). Mujeres migrantes sudamericanas y trabajo de cuidado en dos ciudades argentinas. *Odisea. Revista de Estudios Migratorios*, 5, 108-134.
- Mallimaci, F. y Giménez Béliveau, V. (2006). Historia de vida y métodos biográficos. En I. Vasilachis de Gialdino (coord.), *Estrategias de investigación cualitativa* (pp. 175-212). Barcelona: Gedisa.
- Martínez Espínola, M. V. (2019). *Experiencias migratorias, laborales y educativas de mujeres bolivianas residentes en Mendoza. Un acercamiento desde el feminismo interseccional*. (Tesis doctoral). Facultad de Ciencias Políticas, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina.
- Martínez Pizarro, J., Cano Christiny, V. y Soffia Contrucci, M. (2014). *Tendencias y patrones de la migración latinoamericana y caribeña hacia 2010 y desafíos para una agenda regional*. Santiago: CEPAL.
- Maure, G., Linardelli, M.F. y Anzorena, C. (2018). El trabajo de cuidar. Experiencias de mujeres migrantes bolivianas en el cuidado de familiares enfermos/as. En: A. Goldberg, C. Silveira y D. Martin (org.) *Migração, refúgio e saúde* (pp. 163-180). Santos: Editora Universitária Leopoldianum.
- Mora, C. (2009). Estratificación social y migración intrarregional: Algunas caracterizaciones de la experiencia migratoria en Latinoamérica. *Universum*, 24(1), 128-143.
- Moreno, M. S. (2017). *De pasaditas no más voy. La participación de los migrantes bolivianos en las cosechas agrícolas de Mendoza. Estudio de caso a partir de una*

- etnografía multilocal* (Tesis Doctoral). Facultad de Ciencias Políticas, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina,
- Moreno, M. S. y Martínez Espínola, M. V. (2017). Trayectorias de mujeres bolivianas en áreas rurales y urbanas de Mendoza (Argentina). *Si Somos Americanos. Revista de Estudios Transfronterizos*, 16(2), 73-99.
- Morokvasic, M. (1984). Birds of passage are also women... *International Migration Review*, 18(4), 886-907.
- Pedone, C. (2003). "Tú siempre jalas a los tuyos". *Cadenas y redes migratorias de las familias ecuatorianas hacia España* (Tesis doctoral). Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona, España.
- Pérez, A. (2014). Del trabajo doméstico al trabajo de cuidados. En C. Carrasco (ed.), *Con voz propia. La economía feminista como apuesta teórica y política* (pp. 49-74). Madrid: La Oveja Roja.
- Pessar, P. (1984). The linkage between the household and workplace of Dominican women in the U.S. *International Migration Review*, 18(4), 1188-1211.
- Pizarro, C. y Moreno, M. S. (2015). Differential migration pathways of Bolivian women working in horticultural fields in Mendoza. En C. Pizarro (ed.), *Bolivian Labor Immigrants' Experiences in Argentina* (pp. 37-50). Lanham, MD: Lexington Books.
- Pizarro, C. y Trpin, V. (2010). Trabajadores frutícolas y hortícolas en la Argentina. Una aproximación socio-antropológica a las prácticas de reproducción y de resistencia de las condiciones laborales. *Ruris*, 4(2), 199-228.
- Salazar Parreñas, R. (2001). *Servants of Globalization: Migration and Domestic Work*. Stanford: Stanford University Press.
- Trpin, V. y Bouchoud, S. (2014). Mujeres migrantes en producciones agrarias de Río Negro: aportes para abordar la interseccionalidad en las desigualdades. *Párrafos Geográficos*, 13(2), 108-126.
- Truong, T. D. (1996). Gender, international migration and social reproduction: implications for theory, policy, research and networking. *Asian and Pacific Migration Journal*, 5(1), 27-52.
- Zlotnik, H. (2003). *The Global Dimensions of Female Migration*. Washington, D.C.: Migration Policy Institute.